

Katherine Mansfield

Poco tiempo en cualquier lugar

Traducción de Patricia Díaz Pereda



Editorial Páginas de Espuma
91 522 72 51 ||
prensa@paginasdeespuma.com
Información: www.paginasdeespuma.com

Poco tiempo en cualquier lugar

Enigmática y compleja, alegre pero de sonrisa oculta, viajera y ensimismada en su propio arte, Katherine Mansfield fue –además de, con rotundidad, una de las maestras del cuento moderno en lengua inglesa– una mujer independiente, apasionada, libre sexualmente, irónica y, sobre todo, testigo y parte de uno de los momentos más interesantes de la historia de la literatura, tal y como atestiguan sus diarios y su correspondencia.

Sus cartas –traducidas y seleccionadas con exquisitez por Patricia Díaz Pereda– son la constancia de su perpetuo deambular, de sus afectos, antipatías y simpatías por lugares, animales y personas (entre las que se encontraban D. H. Lawrence, Virginia Woolf o T. S. Eliot), de su inmersión total en la literatura aun a cambio del sacrificio, de la intensa y turbulenta relación con su marido pero también de su pasión por la vida pese a dificultades o enfermedades.

Un certero testimonio que refleja a una mujer que nunca se rindió en la lucha contra la adversidad y nunca cejó en su búsqueda de horizontes mejores, en la vida y la escritura. Una gran correspondencia, toda una biografía.

Biografía

Katherine Mansfield, (Wellington, Nueva Zelanda, 14 de octubre de 1888-Fontainebleau, Francia, 9 de enero de 1923), fue una escritora neozelandesa. Se la considera una importante figura del modernismo literario.

En 1898 publicó su primer cuento en la revista del colegio. En Oxford. Además de ir a clases escribía también para la revista y recibía clases de violonchelo. En esa época conoció a la que se convertiría en su amante, también escritora, Ida Baker.

Publicó 12 cuentos en *New Age*. Más tarde, estas historias fueron publicadas en un libro con el título de *En una pensión alemana*, pero tuvo poco éxito

La muerte de su hermano la dejó muy afectada, por lo que empezó a refugiarse en sus recuerdos de la infancia, cuando vivía en Nueva Zelanda. A principios de 1916 entró en su época más productiva. En diciembre de 1917, enfermó de tuberculosis, por lo que empezó a viajar por toda Europa buscando una cura para la enfermedad.

En 1917 publicó su segundo libro de cuentos, *Preludio* y en 1920 su tercero, *Por favor*, que fue un gran éxito. En 1921, se trasladó a Suiza, donde escribió *El viaje*. Un año después publicó su cuarto libro de cuentos, *La fiesta en el jardín*. Una hemorragia pulmonar le provocó la muerte a los 34 años.

Su marido recopiló todos sus escritos y los publicó en un libro titulado *El canto del cisne* ese mismo año. Al año siguiente hizo lo mismo en un libro titulado *Algo infantil*. Posteriormente publicó también su diario *Diario de Katherine Mansfield* (1927) y *Cartas de Katherine Mansfield* (1928).

Sobre esta edición.

Del prólogo de Patricia Díaz Pereda: *Las máscaras de una outsider*

En una carta, Katherine Mansfield le recomienda a su marido que no olvide llevar una máscara y que, si se la quita, se asegure de llevar otra debajo. Curiosamente, varias de las personas que la conocieron describieron su rostro como una máscara: Leonard Woolf es uno de ellos y observa que siempre parecía estar en guardia contra un mundo que asumía como hostil. Su amiga, la pintora Dorothy Brett escribió que su pálida cara era como una máscara, llena de agudeza, alegría y una sonrisa oculta. Lytton Strachey le dijo a Virginia Woolf que era muy divertida y lo suficientemente misteriosa. Esta última utiliza repetidamente en su diario la palabra «inescrutable» para referirse a Mansfield; tras su primer encuentro. Más tarde observó, también en su diario, que tenía una naturaleza felina: extraña, compuesta, solitaria, vigilante, y que estaba centrada en sí misma y en su arte. D.H. Lawrence dijo de ella que esperaba tener los privilegios de la hija de un banquero (lo era) y al mismo tiempo quería ser una rebelde.

A esta compleja imagen hay que sumarle la que su marido, John Middleton Murry, cultivó con empeño tras su muerte: la de una mujer sencilla, exquisita y espiritual, casi angelical, casi etérea. Mansfield respondió que no lo entendía puesto que no se sentía así en absoluto Katherine Mansfield fue una mujer apasionada, independiente, libre sexualmente (entre sus numerosos amantes se contaron dos apasionadas relaciones homosexuales), irónica, que gozaba de muchos placeres terrenales, y usaba a menudo en su conversación un lenguaje soez.

Mansfield expresó en su testamento su deseo de que Murry publicara lo mínimo y quemara y rompiera lo máximo posible. Que no cumpliera sus designios levantó muchas críticas en los círculos literarios ingleses y fue la causa de la ruptura con la amiga más constante y fiel de la escritora, Ida Baker.

Además de enigmática, Mansfield fue una *outsider*, que no acabó de encontrar su sitio: en el seno de su familia se sintió muy diferente; neozelandesa, su patria natal le resultó provinciana y sin posibilidades profesionales; nunca regresó, pero tampoco hizo de Inglaterra su patria adoptiva, pues nunca le gustó. De espíritu nómada y viajero, la enfermedad además le obligó a buscar climas más benévolos, y en su continuo transitar por Francia, Italia y Suiza, tampoco llegó a encontrar un sitio al que llamar suyo.

Esta selección de cartas, inéditas en castellano, se inicia en 1903, con una Mansfield adolescente que albergaba el sueño de ser violoncelista y ante la oposición paterna, lo sustituyó por el de escritora, y concluyen en diciembre de 1922, nueve días antes de su muerte. Nunca tuvo demasiados correspondientes; algunos de ellos, como D.H. Lawrence, no conservaron sus cartas y otros, como sus hermanas y otros familiares, solo algunas; a su amiga Ida Baker la obligó a quemar los cientos de páginas que le había escrito durante una época y a Dorothy Brett también le pidió que destruyera unas cuantas.

Entre los principales destinatarios, aparte de Murry, hay que citar a S.S. Kotliansky; Dorothy Brett (conocida por todos como Brett); D.H. Lawrence antes de que se distanciara, y Ottoline Morrell, con quien la relación a veces se tensó. Virginia Woolf, con quien mantuvo una amistad muy enfocada en la literatura (Eres la única mujer con la que deseo hablar de trabajo. Nunca habrá otra) y con períodos de distanciamiento, sí conservó sus cartas y aquí se traducen la mayoría de ellas.

Esta selección da constancia de su perpetuo deambular; interesada siempre por los paisajes naturales («Las ciudades son lugares malditos»), ambientes y personas, en ellas se encuentran fragmentos descriptivos que bien podrían formar parte de sus relatos, además de comentarios sobre figuras tan conocidas como T.S. Eliot, D.H. y Frieda Lawrence o Virginia Woolf («una hermosa y brillante criatura»). Pero sobre todo, nos muestran sus afectos, antipatías («Si vuelvo a mirar Montreux un día más, volaré en trozos de rabia ante la fealdad de todo») y simpatías por lugares («tengo grabada Isola Bella en el corazón») personas y animales; nos revelan su profunda

inmersión en la escritura («No creo que otras personas se emocionen tan tontamente como yo mientras trabajo»), la intensa y turbulenta relación con su marido, su amor por la vida («Si una viviera para siempre no sería suficiente»), su capacidad de captar hasta el más mínimo detalle; la depresión y la desesperación, que ella visualizaba como un pájaro negro, y la enfermedad, que le produjo un terrible sufrimiento e incapacidad físicas. También dan testimonio de las preocupaciones constantes por la falta de dinero («no puedo vivir pobre; no puedo preocuparme por la mantequilla, los taxis, los vestidos de lana y la cuenta del farmacéutico y también trabajar»); su amor a su marido, pero también la tacañería de este, su debilidad y torpeza para cuidarla; la vida doméstica («¿Pero no te parece que llevar una casa es muy difícil? Yo he tenido que dejarlo por completo. Si una tiene una profesión, no tiene más tiempo para eso que el que tiene un hombre»), la vida en los hoteles, los largos y agotadores viajes en tren.

Y, por último, la decisión de unirse a la comunidad de Fontainebleau y cambiar de vida: «Así que he decidido hacer borrón y cuenta nueva de todo lo que fue “superficial” en mi pasado y empezar de nuevo para ver si puedo entrar en esa vida real, simple, veraz y plena que sueño. Quiero aprender algo que los libros no me pueden enseñar y quiero intentar escapar de mi terrible enfermedad».

No lo consiguió, pero sus cartas dan testimonio de la resiliencia y la pasión por la vida de una autora que en su breve vida logró escribir un buen número de relatos, algunos de los cuales son obras maestras que la sitúan como una de las grandes del género del siglo XX en lengua inglesa.

Al lector del presente volumen le corresponderá forjarse su propia imagen de la mujer y de su enigmática y compleja personalidad. Lo que es indiscutible es que Katherine Mansfield nunca se rindió en la lucha contra la adversidad y nunca cejó en su búsqueda de horizontes mejores, en la vida y la escritura.